

El idioma de los argentinos: una lectura sociolingüística

Fernando STEFANICH

CY Cergy Paris Université – UMR Héritages 9022

Résumé :

Cet article analyse l'évolution de la langue des Argentins comme reflet des transformations sociales, politiques et culturelles du pays, du XIXe siècle à nos jours. À partir d'un corpus hétérogène composé d'essais, d'œuvres littéraires et de productions culturelles, il examine les grandes controverses linguistiques du XIXe siècle (Alberdi, Bello, Sarmiento), l'émergence de phénomènes hybrides comme le *cocoliche* et le *lunfardo* dans le contexte de l'immigration massive, ainsi que les tensions entre norme et usage qui traversent l'histoire de l'espagnol rioplatense. L'article montre comment la langue constitue un espace de lutte symbolique où se jouent identités, appartenances et altérités, du *voseo* à la cumbia 420 de L-Gante. La langue des Argentins apparaît ainsi comme un territoire de mémoire, de résistance et de permanente réinvention.

Mots-clés : Sociolinguistique, Langue argentine, Lunfardo, Voseo, Identité, Immigration.

Resumen:

Este artículo analiza la evolución del idioma de los argentinos como reflejo de las transformaciones sociales, políticas y culturales del país, desde el siglo diecinueve hasta la actualidad. A partir de un corpus heterogéneo compuesto por ensayos, obras literarias y producciones culturales, el estudio examina las grandes controversias lingüísticas del siglo diecinueve (Alberdi, Bello, Sarmiento), el surgimiento de fenómenos híbridos como el *cocoliche* y el *lunfardo* en el contexto de la inmigración masiva, y las tensiones entre norma y uso que atraviesan la historia del español rioplatense. El artículo muestra cómo el lenguaje constituye un espacio de disputa simbólica en el que se juegan identidades, pertenencias y alteridades, desde el *voseo* hasta la cumbia 420 de L-Gante. La lengua de los argentinos aparece así como un territorio de memoria, de resistencia y de permanente reinención.

Palabras clave: Sociolingüística, Idioma argentino, Lunfardo, Voseo, Identidad, Inmigración.

Abstract:

This article analyzes the evolution of the Argentine language as a reflection of the country's social, political and cultural transformations, from the nineteenth century to the present day. Drawing on a heterogeneous corpus of essays, literary works and cultural productions, it examines the major linguistic controversies of the nineteenth century (Alberdi, Bello, Sarmiento), the emergence of hybrid phenomena such as *cocoliche* and *lunfardo* in the context of mass immigration, and the tensions between norm and usage that run through the history of Rioplatense Spanish. The article shows how language constitutes a space of symbolic struggle in which identities, belongings and alterities are at stake, from the *voseo* to L-Gante's cumbia 420. The language of Argentines thus appears as a territory of memory, resistance and permanent reinvention.

Keywords: Sociolinguistics, Argentine language, Lunfardo, Voseo, Identity, Immigration.

En la apertura de su curso de lingüística comparada en el Collège de France, Meillet afirma buscar “las causas sociales de los hechos lingüísticos” (Meillet, 1921: 3), ya que, en efecto, la lengua no es una creación individual, sino un hecho social (Meillet, 1921: 6) y, por lo tanto, la expresión de la historia colectiva. El español cristaliza así los movimientos sociales, políticos y culturales que dieron forma a los países latinoamericanos.

A lo largo del siglo XIX, las reflexiones de figuras como Juan Bautista Alberdi, Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento marcan el inicio de una reflexión latinoamericana sobre la lengua como signo de soberanía cultural. Desde el castellano peninsular (que también es una sustancia viva como lo demuestran la *germanía*, el *caló*, la herencia árabe) hasta las particularidades del habla rioplatense (en Argentina, el proceso se complejizó con la llegada masiva de inmigrantes europeos, lo cual generaría fenómenos híbridos como el *cocoliche* o el *lunfardo*), el idioma de los latinoamericanos se ha constituido en un espacio de mestizaje y resistencia, de innovación y de identidad.

El estudio de los hechos lingüísticos no solo describe la evolución de una lengua, sino que también revela las tensiones entre norma y uso, entre prestigio y marginación. Analizar la lengua de los argentinos implica, entonces, comprenderla como un reflejo de los procesos sociales que la atraviesan y como un espacio de disputa simbólica en el que se juegan identidades, pertenencias y alteridades.

En este marco, el presente artículo se propone analizar cómo la evolución del lenguaje en Argentina refleja las transformaciones sociales, políticas y culturales del país, así como el papel que desempeñan los usos lingüísticos en la construcción de identidades. El estudio, que se apoya en un corpus heterogéneo, compuesto por ensayos, obras literarias y producciones culturales, privilegia una lectura interpretativa de casos representativos desde una perspectiva cualitativa.

Este trabajo se inscribe en la prolongación de mis investigaciones centradas en las nociones de identidad, alteridad, memoria e imaginario colectivo, considerando aquí la lengua como un espacio privilegiado de expresión de dichas problemáticas.

Siglo diecinueve. La emancipación

En el siglo diecinueve, América latina se independizó de la corona española. Un puñado de virreinos se convirtió en unos veinte países y se definieron las fronteras entre las naciones; esto se hizo muchas veces a través de la violencia, basta citar algunos conflictos mayores como la Guerra de la Triple Alianza¹ o la Guerra del Pacífico². Al mismo tiempo, se definieron las fronteras internas. En Argentina, la reflexión se centró

¹ En la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), la coalición formada por Argentina, Brasil y Uruguay se enfrentó a Paraguay. El conflicto tuvo consecuencias devastadoras para este último, que perdió gran parte de su población y de su territorio.

² La Guerra del Pacífico (1879-1884) enfrentó a Chile contra Perú y Bolivia por el control de territorios ricos en recursos naturales, especialmente nitratos. El conflicto se saldó con la victoria de Chile, que anexó importantes extensiones territoriales y dejó a Bolivia sin salida al mar.

en la identidad y en la alteridad, en definir, por ejemplo, qué lugar debían ocupar el indígena y el gaucho en el proyecto nacional. Esta reflexión se cristalizó en la constitución de dos grupos que encarnaban visiones opuestas de lo que debía ser el país: los *unitarios* y los *federales*. Los *unitarios* despreciaban lo local y buscaban imponer la *civilización*, entendiendo por civilización el modelo europeo; contaban con el apoyo de los intelectuales de la Generación del 37 y proponían una organización política y económica centralizada en torno a Buenos Aires. Los *federales*, por el contrario, encarnaban las raíces territoriales, buscaban instalar una confederación de provincias y eran representados por personajes como Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas. La historia del siglo diecinueve en Argentina fue la historia de la tensión entre estos dos grupos; el idioma no escapó a esta dinámica y se convirtió en un terreno de disputa.

Es pertinente señalar que el español peninsular, el español medieval promovido por los puristas, había sufrido una serie de cambios tanto léxicos como fonológicos, morfológicos o sintácticos. El español que llegó a las colonias conservaba las huellas de siglos de dominación árabe (miles de palabras provienen del árabe, entre ellas: *ojalá*, *aceite*, *almohada*, *aceituna*, *aljibe*, *jazmín*), y vio la aparición de argots como la *germanía*, el léxico de los delincuentes (del cual derivan palabras como *guita*, *cafishio*, *chambón*) y el etnolecto *caló*, el lenguaje de los gitanos ibéricos (*chamuyar*, *gil*).

En un artículo publicado en 1838, Alberdi remarcaba que la emancipación lingüística se había producido mucho antes que la política, con la primera toma de contacto entre las dos civilizaciones, ya que el castellano peninsular no era apto para describir las nuevas realidades: “la revolución americana de la lengua española comenzó el día que los españoles por la primera vez pisaron las playas de América. Desde aquel instante ya nuestro suelo les puso acentos nuevos en su boca, y sensaciones nuevas en su alma”; más tarde, efectivamente, la revolución americana “la envolvió en su curso: y una juventud llena de talento y de fuego acabó de comunicarla” (Alberdi, 1986: 224-231). Para el autor de las *Bases*, la estructura española de la lengua debía ser reemplazada por una forma americana, sin definir en qué consistiría esa nueva forma, lo cual resulta lógico ya que el país atravesaba un periodo de construcción: “ella no está dada como no está dada tampoco la forma de nuestra sociedad”. En todo caso, lo que sí queda claro es que es el pueblo americano el que debe modelar su propia lengua: “sería una vergüenza que la España misma, que todos los días tratamos de esclava, retrógrada, añeja, viniese a darnos lecciones en esta parte”.

En su lucha por transmitir el pensamiento, las lenguas tienden a imponer una forma “cada día más simple, más exacta, más breve, más elegante”, sostenía Alberdi, quien encontraba que el idioma que reunía esas características era el francés, exhortando entonces a imitarlo: “imitar una lengua perfecta, es imitar un pensamiento perfecto, es adquirir lógica, orden, claridad, laconismo, es perfeccionar nuestro pensamiento mismo”. En efecto, en este periodo, las identidades latinoamericanas se construyeron por oposición: oposición entre las nuevas naciones, pero esencialmente oposición al país colonizador. Para el jurista argentino, representante de la hispanofobia vernácula, la emancipación pasaba necesariamente por alejarse de la metrópolis, acercándose al por entonces modelo cultural dominante: “La España difiere de la Francia, porque ella

es niña, y la Francia adulta. Y la mayor parte de la diferencia entre la lengua española y la lengua francesa no resulta sino del progreso mayor del espíritu humano en Francia que en España”.

La controversia Bello - Sarmiento

El 27 de abril de 1842, Pedro Fernández Garfias publicó en el diario *El Mercurio de Valparaíso* sus “Ejercicios populares de la lengua castellana”, una compilación de palabras mal utilizadas en suelo americano o de expresiones que no debían usarse por haber caído en desuso en la península, por anticuadas. El artículo fue el inicio de una controversia entre el venezolano Andrés Bello y el argentino Domingo Faustino Sarmiento.

En su respuesta del 12 de mayo 1842, Bello sostenía que correspondía a los gramáticos “fijar las palabras empleadas por la gente culta, y establecer su independencia y coordinación en el discurso, de modo que releve fielmente la expresión del pensamiento” (Pinilla, 1945: 28). Los gramáticos eran los custodios cuya misión consistía en preservar la lengua de “las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarrerías vulgaridades e idiotismos del populacho” (Pinilla, 1945: 27), misión esencial ya que, de no lograrlo, “vendríamos a caer en la oscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre”. Esta posición muestra una visión normativa del idioma: los gramáticos aparecen como los encargados de fijar el “buen uso” y de evitar la diversidad de formas. La idea de “oscuridad” traduce un rechazo de los usos populares, considerados como una desviación. Se trata, por lo tanto, de una concepción en la que la lengua debe ser regulada desde arriba.

Sin embargo, a pesar de su purismo, la posición de Bello se presentaba permeable a ciertas modificaciones. Como él mismo señala: “No se crea que recomendando la conservación del castellano sea mi ánimo tachar de vicioso y espurio todo lo que es peculiar de los americanos” (Bello, 1887: X-XI). De este modo, Bello reconoce la legitimidad de ciertas formas propias del español de América, como las locuciones castizas ya desaparecidas en la Península (pero aún vigentes en Hispanoamérica) o los nuevos vocablos creados a partir de raíces castellanas. Esta apertura se confirma cuando afirma: “Yo no abogaré jamás por un purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma [...]” (Bello, 1887: XIV).

Sarmiento se oponía al purismo gramatical de Bello denunciando que “para los profesores de gramática las letras no son signos representativos de los sonidos... sino que por el contrario los sonidos que emitimos hablando son representativos de las letras, esto es, que primero es la letra que el sonido” (Sarmiento, 1948: 101). Dicho de otra manera, es el uso el que define el marco normativo. El enfoque de Sarmiento es entonces democrático, ahora que el de Bello puede ser calificado aristocratizante.

Sarmiento no veía el idioma como una estructura fija e impuesta sino como una materia viva modelada por los hablantes; preservar fielmente las formas heredadas constituía una impostura, un artificio. Aunque los gramáticos representaban un obstáculo a la

evolución de la lengua, toda tentativa de impedir los cambios estaba condenada al fracaso: “su derecho [de los gramáticos] está reducido a gritar y desternillarse contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer?”, afirmando luego, con pragmatismo (o fatalismo): “no hay remedio [...], el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo” (Sarmiento, 1948: 3). Aquí, Sarmiento propone una visión opuesta: la lengua no debe ser fijada, sino que evoluciona a partir de su uso. La referencia al “triunfo” del pueblo introduce además una dimensión conflictiva, ya que sugiere que los cambios lingüísticos se imponen frente a las normas establecidas.

El idioma de los argentinos

Al exponer las adulteraciones del lenguaje, el artículo de Garfias ponía en evidencia la existencia de variaciones propias. Ahora bien, ¿en qué consiste el idioma de los argentinos? Para comenzar, la fonología presenta características propias, como la indiferencia entre la pronunciación de /s/ y /c/ (seseo), de /b/ y /v/ (betacismo), la indiferencia fonológica entre /ll/ e /y/ (yeísmo).

Bello y Sarmiento también se confrontaron en lo fonológico. Si el primero se oponía al seseo y al yeísmo, y proponía que el locutor diferenciara entre /b/ y /v/, Sarmiento, por el contrario, no veía en estas prácticas vicios sino más bien peculiaridades del castellano latinoamericano: “asista a las Cámaras, donde hablan los hombres más ilustrados de la República; y si hay alguno que pronuncie z o v, pregúntele al oído cuantos años de trabajo le ha costado habituarse a la monería de imitar la pronunciación española” (Sarmiento, 1948: 2).

Encontramos además préstamos léxicos. Sabemos que tres grupos étnicos constituyen la mayor parte de la población latinoamericana: indígenas, europeos, africanos, hecho que Carlos Fuentes explicita eficazmente al proponer en *Valiente mundo nuevo* la denominación *Indo-Afro-Ibero-América* (Fuentes, 1990: 23). Muchas de las palabras provienen de las lenguas aborígenes (taíno, nahuatl, aymara, etc.). Del quechua provendrían *cancha*, *carpa*, *pucho*, *morochu*, *chacra*, *caucho*, *ojota*, *mate*, *choclo*, *poncho*, *guacho*, *coca*, *cóndor*, *chala*, *guagua* (Llorente). Del guaraní, términos como *ananá*, *chamamé*, *chipá*, *pororó*, *ñandú*, *jacarandá*, *yacaré*, *ombú*. Es interesante señalar aquí la existencia de un registro híbrido que combina ambas lenguas, el español y el guaraní. Se trata del “jopará” (del guaraní *mezcla*), hablado especialmente en Paraguay. El sustrato africano también está presente con palabras como *banana*, *chévere*, *macumba*, *malambo*, *mambo*, *merengue*, *milonga*, *quilombo*, *tambo*, *tanga*, *zombi* (Medina Sierra); incluso el término *tango* provendría de Congo y haría referencia al lugar donde se reunían los esclavos para bailar.

Para terminar, debemos evocar el voseo. En la edad Media, la segunda persona usaba tres formas: el pronombre personal *tú* para el trato informal singular; el *plural de majestad* que se construía con el pronombre personal *vos* y el verbo conjugado a la segunda persona del plural; *vuestra merced* con verbo conjugado a la tercera persona del singular. Con el tiempo, *vuestra merced* se transformará en *usted* (trato formal

singular) y el *plural de majestad* dará origen al voseo (trato informal singular), que en Argentina concierne principalmente el presente (del indicativo y del subjuntivo), y el imperativo. Ilustremos esto con un ejemplo. La frase “vos sois un buen hombre”, que pone en valor la calidad de una persona a través del plural de majestad, se transformará en “vos sos un buen hombre”. Por otra parte, en América latina el trato formal e informal plural se construirán ambos a la tercera persona y con el pronombre personal *ustedes*, ya que el *vosotros* peninsular caería en desuso. Cabe destacar que a lo largo del siglo veinte, la educación nacional ignoró este fenómeno, enseñando sistemáticamente la segunda persona del singular y del plural (*tú* y *vosotros*), aunque nunca se utilizaran, e ignorando totalmente el voseo.

La literatura pone en evidencia cómo el voseo logró imponerse, aunque no sin vacilaciones y controversias, a lo largo del siglo diecinueve. Encontramos ya esta práctica en *El matadero* de Esteban Echeverría, escrito entre 1838 y 1840, donde solo aparece dos veces y en boca de un *federal*: “–Che, negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo– exclamaba el carnicero” (Echeverría, 1957: 23); luego, hacia el final del cuento: “–¿A que no te le animás, Matasiete?” (Echeverría, 1957: 34)³. Esto puede interpretarse como una estrategia de Echeverría, intelectual perteneciente a la Generación del 37, para acentuar el salvajismo de los hombres de Rosas, en una sociedad que se debatirá entre la civilización y la “barbarie”. Resulta revelador comparar el registro del texto de Echeverría con el de *Amalia*, de José Mármol: “–¡Bárbaros –dice Eduardo, no conseguiréis llevarle mi cabeza a vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!” (Mármol, 1885: 8) o incluso: “A ti también te irá tu parte”. Sin embargo, no podemos descartar que se trate de una tentativa algo balbuceante de Echeverría de reflejar el habla local. Esto se confirma en el análisis de la segunda citación, donde el trato informal alterna el voseo con el tuteo.

Décadas más tarde, encontramos que José Hernández lo utiliza sistemáticamente en *Martín Fierro*, obra capital de la literatura argentina. De ejemplo bastan algunos de los consejos que el Viejo Viscacha prodiga en *La vuelta de Martín Fierro* (1879): “Hacete amigo del juez”; “Nunca le llevés la contra”; “No andés cambiando de cueva”; “No te debés afligir”; “Dejá que caliente el horno”; “A naidés tengás envidia” (Hernández, 1993: 107-110).

El voseo se impuso, pero no sin controversias, decíamos. Andrés Bello lo condenaba: “el vos de que se hace tanto uso en Chile en el diálogo familiar, es una familiaridad que debe evitarse, y construirlo con el singular de los verbos una corrupción insoportable” (Bello, 1887: 67). Arturo Capdevila lo calificará de “calamitoso rasgo” (Capdevila, 1941: 99), de “ignominiosa fealdad”, considerándolo una imposición lingüística del régimen de Juan Manuel de Rosas: “Todo el Buenos Aires culto de 1810 decía de tú; todo Córdoba también. Mas, venido que fue el Tirano, se retornó al voseo. [...] Victoria oscura de la barbarie sobre la cobardía” (Capdevila, 1954: 101). Luego, Américo Castro retomaría la

³ Cabe señalar que el texto alterna voseo y tuteo (“–¡Degüéllalo, Matasiete! / –Tócale el violín”, 34), lo que da cuenta del uso aún inestable de estas formas.

hipótesis de Capdevila: “el auge y el triunfo del rozismo coincide con la reinstauración del voseo entre quienes utilizaban el *tú*” (Castro, 1941: 63-64).

Sin embargo, esta hipótesis, la del origen rosista del voseo, contrasta con el trabajo de Juan Cruz Varela, escritor del periodo rivadaviano, quien encuentra huellas del voseo anteriores a 1830. Esto aparece en una nota de 1828 en la cual reúne errores lingüísticos: “es generalísimo entre nosotros pero muy principalmente en los niños, el alargar las sílabas finales de los imperativos, y aun el agregarles una letra, diciendo, v. gr., *tomá* por *toma*; *corré* por *corre*; *vení* por *ven*” (Weinberg, 1964: 49). Rodolfo A. Borello, por su parte, constituye un corpus con ejemplos de Guadalupe Moreno (esposa de Mariano Moreno, oriunda del Alto Perú) y de Juan Cruz Varela, y testimonios provenientes de la ciudad de Córdoba que se extienden de 1683 hasta 1838.

En un principio, el voseo podría interpretarse como una de las características del sociolecto popular. Sin embargo, en un trabajo posterior (*El voseo en Buenos Aires, un problema histórico-lingüístico*, 1968), María Beatriz de Fontanella estudia la correspondencia epistolar de una familia patricia, los Anchorena, en el que encuentra casos de voseo tanto pronominal como verbal que se alternan con formas de tuteo, lo que implicaría, en primer lugar, que las clases altas no eran ajenas a esta práctica y, en segundo lugar, que el voseo y el tuteo coexistían.

Siglo veinte. Del cocoliche al lunfardo

A finales del siglo diecinueve, el Estado argentino buscó erigir una frontera para mantener alejados a los indígenas que representaban un obstáculo al proyecto civilizador de una oligarquía agro-exportadora. Es un contexto marcado por los avances tecnológicos: las cámaras frías que permiten la exportación de carne, el alambre de púas para delimitar las tierras y los fusiles Remington facilitarán la lucha contra los indígenas. Adolfo Alsina construyó primero una brecha de 400 kilómetros de largo protegida por fortines. Luego, a su muerte, Alsina fue reemplazado por Julio A. Roca, quien inició la Conquista del desierto, desplazando y exterminando a los indígenas para expandir las fronteras hacia el sur.

En el *Facundo*, Sarmiento había cristalizado la mentalidad de la élite que gobernaba el país. En un pasaje, describe dos colonias, una poblada por extranjeros, y otra por autóctonos:

[...] da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior. En la primera, las casitas son pintadas; el frente de la casa, siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado, sencillo pero completo... y los habitantes, en un movimiento y acción continuos [...]. La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven en una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo, en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes [...]. (Sarmiento, 1981: 29)

El proyecto civilizador combatió “la barbarie”, representada por indígenas, afrodescendientes y mestizos, incentivando al mismo tiempo la inmigración. “Gobernar es poblar”, había sentenciado Alberdi en 1852 (Alberdi, 1838: 16). Esto hizo que entre

el final del siglo diecinueve y comienzos del veinte, se produjeran importantes flujos migratorios.

Este proceso liberal, liderado por la Generación del 80, heredera de la Generación del 37, se extendió hasta comienzos del siglo veinte. Argentina se convirtió en el Granero del mundo, gracias a su producción y exportación de trigo, maíz y carne. Sin embargo, por un lado, este esplendor económico solo benefició a unos pocos, a una burguesía/aristocracia terrateniente, y por otro lado expuso al país a las fluctuaciones de los mercados y a los vaivenes de los precios de las materias primas.

En 1910, el país vivió el Centenario de la Independencia, lo que marcó un reflote nacionalista y de los debates identitarios. En su visita a Argentina, Clemenceau declaró que Buenos Aires era una ciudad europea. En 1912, se promulgó la Ley Sáenz Peña que instauraba el voto universal, obligatorio y secreto. En 1914, la Primera Guerra Mundial; en 1917, la Revolución de Octubre. En 1916, Hipólito Yrigoyen fue elegido presidente de la nación.

La fragilidad del modelo económico se puso de manifiesto con el Crac del 29 que tuvo un fuerte impacto en América Latina y particularmente en Argentina; poco después, en 1930, se produjo el primer golpe de Estado, el primero de una larga serie. Es el comienzo de la Década Infame⁴. En 1930, apareció además la primera villa miseria en Buenos Aires. En efecto, la crisis económica había generado una fuerte migración interna; gente proveniente del interior del país, muchos de ellos trabajadores rurales, se instaló en la capital.

El país recibió inmigrantes de todas las nacionalidades: alemanes, escoceses, yugoslavos, polacos, pero la gran mayoría venía de Italia. Esta nueva población llenó villas miserias y conventillos (vivienda urbana colectiva conocida en otros países como *inquilinato*, *vecindad*, *mesón*). Esta efervescencia fue el pilar de un género teatral costumbrista y popular: el sainete. Así, en *El conventillo de la Paloma*, del dramaturgo Alberto Vacarezza, una de las obras más importantes del repertorio, encontramos a un italiano (Don Miguel), un “gallego” (Vizoli), un “turco” (Beben), un porteño (Seriola).

Del viejo continente vinieron también las ideas anarquistas. Se formaron los primeros sindicatos y aparecieron huelgas reclamando mejoras en las condiciones de trabajo. En 1919, una manifestación de los trabajadores de los Talleres Vasena fue reprimida por el gobierno de Yrigoyen, produciendo cientos de muertes (Semana Trágica); algo similar sucedió en 1921 en la provincia de Santa Fe (masacre de *La Forestal*) y entre 1920 y 1922 en Río Gallegos (la Patagonia rebelde).

Si bien el gobierno de Yrigoyen marcó un cambio radical de paradigma (las oligarquías liberales ya no estaban en el poder), pronto las clases populares se convertirían en el centro de la vida política con la aparición de Juan Domingo Perón (1946).

⁴ Se conoce como Década Infame al periodo que se extiende de 1930 a 1943 en Argentina. Se caracteriza por el fraude electoral, la inestabilidad política y una fuerte dependencia económica del exterior, en un contexto marcado por la crisis mundial de 1929.

La evolución de la sociedad produjo la evolución de la lengua. La presencia masiva de italianos fue el origen del *cocoliche*. Se trataba de un interlecto que apareció a fines del siglo diecinueve y nació de los italianos que aprendían el español sobre la marcha. Implicaba a la primera generación de inmigrantes. El nombre del *cocoliche* provendría teatro costumbrista argentino. En efecto, en *Medio siglo de farándula*, José Podestá recuerda que uno de los personajes de la obra *Juan Moreira* solía presentarse de la siguiente manera: “Ma quiame Franchisque Cocoliche, e songo cregollo gasta lo güese de la taba e la canilla de lo caracuse, amigue, afficate la parata [...]” (Podestá, 2003: 66). El nombre propio derivará en nombre común Cocoliche que se usará para referirse a toda persona de apariencia descuidada, ridícula o grotesca; luego, pasará a designar la lengua del inmigrante italiano. Hoy, persisten huellas del *cocoliche* en el acento porteño y en el léxico, en palabras como *laburar, yeta, yira, pibe, mina, fiaca*.

De la promiscuidad demográfica de las villas miserias y los conventillos nació también el *lunfardo*. El *lunfardo* era un argot, una variación lingüística diacrónica o temporal (evoluciona en el tiempo), diatópica o geográfica (se refiere a una región, esencialmente Buenos Aires), diastrática o social (asociado a un grupo social específico, las clases populares, los prisioneros, delincuentes, inmigrantes). Surgió en las orillas, el arrabal de la ciudad.

En el *lunfardo* encontramos también préstamos lingüísticos, neologismos, metáforas y juegos de palabras. Encontramos también el vesre, práctica que consiste en alterar el orden de las sílabas de las palabras; así frío se dirá *ofri*; calor, *lorca*; café, *feca*; calle, *lleca*; hotel, *telo*.

Este argot fue difundido principalmente por los compositores de tango. En *Milonga lunfarda* (1960), Edmundo Rivero le rinde homenaje de la siguiente manera: “En este hermoso país que es mi tierra, la Argentina / la mujer es una mina y el fueye es un bandoneón / el vigilante, un botón, la policía, la cana / el que roba es el que afana, el chorro un vulgar ladrón / al zonzó llaman chabón y al vivo le baten rana / La guita o el vento es el dinero que circula / el cuento es mete la mula, y al vesre por al revés [...]”.

Tanto el tango como los sainetes constituyeron un innegable éxito popular; no sucedió lo mismo con la recepción crítica. Como ejemplo, basta evocar el artículo que el diario *La Razón* publicó el 6 de abril 1929 sobre *El conventillo de la Paloma*: “con ese ingenio, el señor Vacarezza debería dedicarse a escribir sobre cuestiones más nobles”. En “El idioma de los argentinos”, Jorge Luis Borges distingue la milonga y el primer tango, el orillero, el de la Guardia Vieja, con el tango que sería modelado por los inmigrantes y desembocaría en el tango -canción de Carlos Gardel: “Los primeros tangos [...] nunca sobrellevaron letra lunfarda: afectación que la novelera tilinguía actual hace obligatoria y que los llena de secreteo y de falso énfasis [...] Alma orillera y vocabulario de todos, hubo en la vivaracha milonga: cursilería internacional y vocabulario forajido hay en el tango” (Borges, 1928: 21). Del *lunfardo*, dirá, en “Invectiva contra el arrabalero”, que se trata de “un vocabulario gremial como tantos otros, es la tecnología de la furca y de la ganzúa” (Borges, 1928: 121), para expresar luego su escepticismo sobre su continuidad en el tiempo: “Imaginar que esa lengua técnica –lengua especializada en la infamia y sin palabras de intención general– puede arrinconar al

castellano, es como soñar que el dialecto de las matemáticas o de la cerrajería puede ascender a único idioma”. En cuanto al arrabalero, dirá que se trata de una *decantación* o divulgación del *lunfardo*, de un conjunto limitado, a tal punto que los saineteros que lo frecuentan tienen que inventarle palabras y han recurrido a la harto significativa viveza de invertir las de siempre.

El 4 de junio 1943, el gobierno de facto prohibió la difusión del *lunfardo* en las radios. Se prohibieron palabras como *pibe*, *hincha*; se prohibía además el voseo. La Resolución 9.211 del Boletín de Correos y Telégrafos establecía una prohibición plena a:

los rellenos o números de cualquier índole en que se desfigure sistematizadamente el idioma nacional, so pretexto de retratar ambientes campesinos y de arrabal; también los números cómicos que pretendan obtener hilaridad de sus auditorios mediante recursos de baja comicidad, remedo de otros idiomas, gritos destemplados, carcajadas y exclamaciones atronadoras, mezcla de canciones y ruidos de idéntico tono, y equívocos de dudosas interpretaciones [...]. (Fraga, 2023)

Por otra parte, el Decreto 13.474, llamado “Manual de Instrucciones para las Estaciones de Radiodifusión”, definía cómo las emisoras debían aplicar dichas prohibiciones. En su artículo 131, explicaba, por ejemplo, cómo debían rotularse los contenidos radiofónicos, tanto textos como letras cantables: “autorizado”, “autorizado con correcciones”, “autorizado con cortes”, “autorizado con cortes y correcciones”, etc.

Para poder ser difundidos en las radios, algunos autores modificaron sus letras. Fue el caso del tango *Bulín de la calle Ayacucho* (1923), que pasó a llamarse *Mi cuartito* (1943). La letra original: “El bulín de la calle Ayacucho / Que en mis tiempos de rana alquilaba / el bulín que la barra buscaba / pa’ caer por la noche a timbear / El bulín donde tantos muchachos / en sus rachas de vida fulera / encontraron marroco y catrera / Rechiflado parece llorar [...]” fue reemplazada por: “Mi cuartito feliz y coqueto / que en la calle Ayacucho alquilaba / mi cuartito feliz que albergaba / un romance sincero de amor / Mi cuartito feliz donde siempre / una mano cordial se tendía / y una linda carita ponía/con bondad su sonrisa mejor [...]”. Como vemos, la depuración no será solo lingüística sino también moral.

Inquietos por la situación, los compositores de tango formaron una comisión, compuesta por Vacarezza, Canaro, Troilo y Manzi, que se reunió en 1946 con el presidente Perón. Perón los recibió, había escuchado decir que Vacarezza había sido víctima de un robo. Entonces, luego de saludarlos, dijo a Vacarezza: “*Don Alberto, me enteré que los otros días lo afanaron en el bondi*” (Fraga, 2023). La Comisión entendió que la prohibición se había levantado.

Lenguaje e identidad

Elocoliche y el lunfardo no son meros fenómenos lingüísticos: son también el reflejo de las tensiones identitarias que atravesaban la sociedad argentina de la época. En efecto, los grupos sociales luchan por los lugares, los recursos y los símbolos; tal es la premisa del interaccionismo simbólico promovido por la Escuela de Chicago. Los individuos se ven sometidos a fuerzas ascendentes y descendentes (unos buscan ascender en la escala social, otros temen caer), centrífugas y centrípetas (muchos

buscan acercarse al centro ahora que la crisis los empuja hacia las orillas). En síntesis, es la lucha entre las clases populares y la burguesía, entre la ciudad y la periferia el centro y el arrabal. En su ensayo *Radiografía de la pampa*, Ezequiel Martínez Estrada describe con precisión las dinámicas sociales en juego: “el centro y el norte quieren ser Francia, como Italia el sur del Riachuelo” [...]. Florida [el centro] no resistirá con los años el avance de esas legiones que se incuban en los barrios-fronteras. [...] En la letra del tango, en la novela infame, en el desprecio por lo universal y lo bello, se está proveyendo de instrumentos de asalto” (Martínez Estrada, 1986, 209-210).

Para Borges, la dimensión del *arrabal* excedía lo geográfico y tenía implicaciones tanto económicas como sociales: “arrabal es todo conventillo del centro, [...] arrabal es el rencor obrero [...]” (Borges, 1928: 165-166). La batalla cultural se produce a través de la música, el teatro, la literatura. El tango cristaliza sociotipos y etnotipos, y revela las dinámicas sociales a las cuales están sometidos los individuos en la Babel argentina. Así, en esa primera mitad del siglo veinte, la ascensión social pasaba por imitar a una élite francófila. Veamos dos ejemplos. En *Margot* (1919), Celedonio Flores escribía: “yo recuerdo, no tenías casi nada qué ponerte / hoy usás ajuar de seda con rositas rococó / me reviente tu presencia, pagaría por no verte / si hasta el nombre te han cambiado como has cambiado de suerte / ya no sos mi Margarita, ahora te llaman Margot!”. *Muñeca brava* (1929), de Enrique Cadícamo, constituye igualmente un ejemplo revelador: “che madam que parlás en francés / y tirás ventolín a dos manos / que escabías copetín bien frappé / y tenés gigoló bien bacán / sos un biscuit / de pestañas muy arqueadas / Muñeca brava / bien cotizada / sos del Trianón / del Trianón de Villa Crespo / milonguerita / juguete de ocasión”.

Particularmente activo en esa época, el mundo literario se concentraba en dos grupos: Boedo y Florida; el primero hacía referencia a un barrio del sur de Buenos Aires; el segundo, a una de las calles del centro. En Boedo, comprometido y popular, se encontraba Roberto Arlt. En Florida, elitista, Jorge Luis Borges.

El primer verdadero cuento de Borges, “El hombre de la esquina rosada”, fue un texto impregnado de color local en el que se reproducían elementos del habla de los gauchos (características propias a la literatura gauchesca):

A mí, tan luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, y eso que estos no eran sus barrios porque él sabía tallar más bien por el Norte, por esos laos de la laguna de Guadalupe y la Batería. [...] Mozo acreditao para el cuchillo... Sabía llegar de lo más paquete al quilombo, en un oscuro, con las prendas de plata; los hombres y los perros lo respetaban y las chinas también; nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes. (Borges, 1968: 189)

La literatura borgeana recuperaba la imagen y la lengua del gaucho, prefería la tranquilidad anacrónica de los patios al caos y la efervescencia de la ciudad: “Con la tarde / se cansaron los dos o tres colores del patio / Esta noche, la luna, el claro círculo / no domina su espacio / Patio, cielo encauzado / El patio es el declive / por el cual se derrama el cielo en la casa / Serena / la eternidad espera en la encrucijada de estrellas / Grato es vivir en la amistad oscura / de un zaguán, de una parra y de un aljibe” (Borges, 1967: 30).

A la misma época, lejos de los patios borgeanos, Arlt escribía sus aguafuertes y sus novelas, entre ellas *Los lanzallamas*:

¿Saben a qué vino Jesús a la tierra? A salvar a los turros, a las grelas, a los chorros, a los fiocas. Él vino porque tuvo lástima de toda esa merza que perdía su alma, entre copetín y copetín. ¿Saben ustedes quién era el profeta Pablo? Un tira, un perro [...] si yo les hablo a ustedes en este idioma ranero es porque me gusta [...] me gusta cómo chamuyaban los pobres, los humildes, los que yugan. A Jesús también le daban lástima las reas. ¿Quién era Magdalena? Una yiranta". (Arlt, 1981: 485)

Desde el punto de vista estilístico, podemos asociar el texto de Arlt a uno de los cuentos de Cortázar ("Torito"):

Qué le vas a hacer, ñato, cuando estás abajo todos te fajan. Todos, che, hasta el más maua. Te sacuden contra las sogas, te encajan la biaba. Andá, andá, qué venís con consuelos vos. Te conozco, mascarita. Cada vez que pienso en eso, salí de ahí, salí. Vos te creés que yo me desespero, lo que pasa es que no doy más aquí tumbado todo el día. Pucha que son largas las noches de invierno, te acordás del pibe del almacén cómo lo cantaba. Pucha que son largas... Y es así, ñato. Más largas que esperanza'e pobre. Fijate que yo a la noche casi no la conozco, y venir a encontrarla ahora... Siempre a la cama temprano, a las nueve o a las diez. El patrón me decía: 'Pibe, andate al sobre, mañana hay que meterle duro y parejo'. (Cortázar, 1991: 117)

Cabe señalar que el peronismo tuvo fuertes oposiciones en parte de la intelectualidad argentina. Conocida es la posición de Borges al respecto; basta recordar "La fiesta del monstruo", cuento que Borges escribió con su amigo Bioy Casares y que se publicó bajo pseudónimo en un diario de Montevideo, en el que se representa a una multitud movilizada en torno al discurso del "Monstruo" (clara alusión a Perón) y que termina asesinando a un estudiante judío, ofreciendo una visión del peronismo asociada a la violencia colectiva, la barbarie y el antisemitismo. Lo mismo sucedió con Cortázar; es posible componer un corpus de textos antipopulares, entre los que habría que incluir los cuentos "Las puertas del cielo", "Ómnibus", "Casa tomada", "La banda" y la novela *El examen*. Estos textos configuran un corpus crítico del peronismo y reflejan la desconfianza por parte de la intelectualidad frente a la irrupción de las clases populares en la esfera pública.

Siglo veintiuno y Cumbia 420

Esta dinámica de apropiación y de resistencia lingüística encuentra nuevas expresiones en la Argentina contemporánea. Cuando comienza el siglo veintiuno, el tango ya forma parte del patrimonio cultural del país, y lo mismo sucede con el sainete; así, en 2010, *El conventillo de la Paloma* fue representado en el teatro Cervantes en el marco de la celebración del Bicentenario de la Independencia argentina; lo anómico se convirtió en canónico.

En Argentina, aparece un nuevo género musical. Se trata de la Cumbia 420, mezcla de cumbia y reggaetón cuyo nombre, 420, es un código que hace referencia al 20 de abril, fecha en la que se celebra el cultivo y consumo de la marihuana.

Sabemos que en el lenguaje popular hay siempre una actitud transgresiva y lúdica. En este sentido, en las letras de L Gante, uno de los exponentes más importantes de la música contemporánea, la Cumbia 420, encontramos influencias varias. Así, en *Susy 420* (2021), escribe:

Y ahora 'tamo de milonga / con par de pussie' / no' fuimo' al party / y esta noche no hay milico que no' pare [...] Salimo' a la lleca yo encima llevo fafafa / el culo de tu guacha pesa má' que una garrafa / y vo' sos logi, no compro con tu amenaza [...] En la esquina donde paran los compañero' / lo' que son bien atrevido' y escapan del patrullero / Tenemo' Nike, mucha' moto' talle M / a tu guacha yo la busco en el BM [...] y siempre estamo' engrasado', en una nave montado [...].

Procedimientos lingüísticos similares figuran en otra de sus composiciones, *Malianteo* (2020):

Llevo siempre uno enrolado y en el cuello una cubana / que deja paralizado a tu banda y todos tus pana [...] tengo un flow bastante caro como el valor de una Harley / vacilando a lo Lescano mientras enrolamo' un Bob Marley [...] que entonan quemando María / de noche y de día, tirando una storie / tomando una fría, mostrando su body / trepándose arriba de mí como hobby / tumbando la chapa mientras llueve el money [...].

El análisis de estos fragmentos permite identificar diversos procedimientos léxicos, entre ellos numerosos anglicismos (*flow, party, money, body, story, bling, fake*); formas de uso reciente o resemantizadas (*nave, guacha, chiripi, fafafa, sarpado, lingote, pintó, ñeri*); elementos ya asentados en el argot argentino de los años 80 o 90 (*caretaje, cheto*); vocablos propios del *lunfardo* (*lleca, logi, piola, milico, guita*) y términos provenientes de otros espacios latinoamericanos (*pana, malianteo, bro, mara*). Se advierten también innovaciones metafóricas, como “enrolar un Bob Marley”.

Como vemos, las letras de L-Gante no solo son el reflejo de los cambios sociales, sino que constituyen además un trabajo de memoria y de reflexión sobre la identidad lingüística: influencia estadounidense (presente tanto en los aportes léxicos como en el imaginario capitalista), aparición de resonancias centroamericanas (la mundialización y la tecnología eliminan fronteras, las crisis intensifican los flujos migratorios, como en el caso de Venezuela), recuperación del *lunfardo* y del argot de los años ochenta y noventa.

Conclusión

El lenguaje es un hecho social, decíamos al comienzo, y su evolución es la evolución de sus hablantes. El idioma de los argentinos es el resultado de un proceso histórico complejo marcado por rupturas, flujos migratorios y conflictos, un largo proceso de herencia, memoria y olvido.

Desde el voseo hasta el *lunfardo*, pasando por el *cocoliche*, el idioma de los argentinos se configuró como un territorio simbólico donde las jerarquías culturales se mezclaron con la creatividad popular. Géneros como el sainete y el tango demuestran que el idioma es un campo fértil de invención, especialmente en los márgenes. Lo mismo sucede hoy con la cumbia 420. En las letras de L-Gante, se percibe la continuidad de una tradición

que hace del habla popular un espacio de afirmación identitaria y de resistencia frente a las normas establecidas.

A pesar de las polémicas que esto suscite, el idioma de los argentinos seguirá actualizándose, reflejando inexorablemente las nuevas dinámicas sociales, pero manteniendo siempre vivas sus raíces.

BIBLOGRAFIA

ALBERDI Juan Bautista (1838), “Emancipación de la lengua”, *El Iniciador*, Montevideo, 1 de septiembre de 1838. Citado a partir de Alberdi 1986, pp. 224-231.

----- (1852), *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio.

----- (1986), *Escritos satíricos y de crítica literaria*, Buenos Aires, Academia de Letras.

ARLT Roberto (1981), *Los lanzallamas*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Omeba.

BELLO Andrés (1823), “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América”, *Biblioteca Americana*.

----- (1847), *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, Madrid, Leocadio López.

BORELLO Rodolfo A. (1969), *Para la historia del voseo en la Argentina*, en *Cuadernos de Filología*, Mendoza, t. III, pp. 25-42.

BORGES Jorge Luis (1928), *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Manuel Gleizer.

----- “Fervor de Buenos Aires” (1967), en *Obra poética*, Buenos Aires, Emecé.

----- “El hombre de la esquina rosada” (1968), en *Nueva antología personal*, Buenos Aires, Emecé.

----- “Invectiva contra el arrabalero” (1993), en *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seix Barral.

CADÍCAMO Enrique (1929), *Muñeca brava* [canción], Odeón Records.

CAPDEVILA Arturo (1954), *Babel y el castellano*, Buenos Aires, Losada.

CASTRO Américo (1941), *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, Losada.

CORTÁZAR Julio (1991), “Torito”, *Final del juego*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta.

ECHEVERRÍA Esteban (1957), *El matadero*, Buenos Aires, Tor.

- FERNÁNDEZ GARFIAS Pedro (1842), "Ejercicios populares de la lengua castellana", *El Mercurio de Valparaíso*, 27 de abril.
- FLORES Celedonio (1919), *Margot* [canción], Odeón Records.
- (1923), *El bulín de la calle Ayacucho* [canción].
- (1943), *Mi cuartito* [canción].
- FONTANELLA María Beatriz (1968), *El voseo en Buenos Aires, un problema histórico-lingüístico*, en *Cuadernos del Sur*, Bahía Blanca, n.º 8-9, pp. 174-179.
- FRAGA Enrique Alberto (2023), "De 'mi bulín' a 'mi cuartito': cuando el lunfardo se canceló en la radiodifusión argentina y rompieron el tango", *Infobae*, 28 de marzo.
- FUENTES Carlos (1990), *Valiente mundo nuevo, Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, Madrid, Mondadori.
- HERNÁNDEZ José (1993), *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Emecé.
- L-GANTE (2020), *Malianteo* [canción], Papita Records.
- (2021), *Susy 420* [canción], Papita Records.
- LLORENTE Analía (2017), "Cancha, pucho, carpa y otras palabras que usas a diario y que quizá no sabías que provienen del quechua", BBC, 6/11/2017 [<https://www.bbc.com/mundo/noticias-41590503>]
- MÁRMOL José (1885), *Amalia*, Buenos Aires, Imprenta Americana.
- MARTÍNEZ ESTRADA Ezequiel (1986), *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- MEDINA SIERRA Abel (2025), "El sustrato africano en la lengua castellana", revista *Entornos*, 21/04/2025 [<https://www.revistaentornos.com>]
- MEILLET Antoine (1921), *Linguistique historique et linguistique générale*, Paris, Champion.
- PINILLA Norberto (1945), *La controversia filológica de 1842*, Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile.
- PODESTÁ José (2003), *Medio siglo de farándula*, Buenos Aires, Galerna.
- RIVERO Edmundo (1960), *Milonga lunfarda* [canción].
- SARMIENTO (1948) "Memoria sobre ortografía americana", en *Obras completas*, t. IV, Bs As, Luz del día.
- (1981), *Facundo*, Buenos Aires, Losada.
- VACAREZZA Alberto (1965), *El conventillo de la Paloma*, col. Teatro breve argentino, Buenos Aires, Ediciones del carro de Tesis.
- WEINBERG Félix (1964), *Juan Cruz Varela, crítico de la literatura nacional*, en *Boletín de Literatura Argentina*, Córdoba, n.º 1.